

Nota del editor

Es un privilegio para Círculo de Tiza publicar esta segunda obra de Alfonso Berardinelli, una de las mentes más lúcidas y afiladas del panorama cultural europeo. Berardinelli es en sí mismo una pura contradicción, porque no hay nada más contradictorio que querer ser en todo momento fiel a unos principios humanistas, en un mundo en el que la ambivalencia es la única manera de sobrevivir. No busque el lector una lectura cómoda que confirme sus posiciones, sino acepte asomarse a la duda.

Italia es la cuna de Europa, y lo que allí ocurre a nivel político y social podría entenderse como un embrión de lo que después se reproduce, con las diferencias intrínsecas locales, en el resto del continente. *Contra el vicio de pensar* es una llamada de atención sobre los riesgos del pensamiento dominante. Que los textos que se desarrollan en este libro tengan como protagonista a la República Italiana es un aviso sobre un virus que se extiende como una mancha en nuestra organización política y social, aplicable a un contexto mucho más amplio: el de la ausencia generalizada de espíritu crítico. Cambie el lector algunos nombres propios y algunas localizaciones y saque sus propias conclusiones.

Eva Serrano



La izquierda, concentrada
en la defensa de los derechos,
se ha olvidado de los trabajadores

Necesitamos un populismo de izquierdas. Durante demasiados años era algo que no se lograba comprender, pero creo que ahora ya ha llegado el momento. Y tampoco se puede escupir contra el soberanismo. Dentro de un Estado nacional, y mientras existan los Estados nación con un territorio y una población, ninguna política democrática podrá y deberá permitirse ignorar que decir «pueblo» quiere decir la mayoría de los ciudadanos de una nación, y que esta mayoría necesita un Estado, tiene derecho a esperar que un Estado soberano defienda sus derechos e intereses. Como intelectual y literato no soy populista, pero como ciudadano de clase media-baja lo soy un poco.

Hoy en día, se ha extendido entre los votantes de izquierda, que no son pocos, una idea cuestionable desde el punto de vista moral y peligrosa desde uno político, y es que en el país en que vivimos, Italia, «el pueblo es de derechas». El uso ahora establecido del antiguo término «pueblo» es un parche en la realidad, un tic lingüístico que oculta lo que debería indicar, identificar y definir. El pueblo que creemos definir con un término extraordinariamente

simplificador está compuesto de muchas cosas: estratos y clases sociales, niveles de renta, grupos de edad, realidades regionales, profesiones, oficios, culturas, sexo y preferencias sexuales, etc. Si se pretende tener bajo control y, en la medida de lo posible, lejos del poder a las actuales derechas antiliberales, nacionalistas y autoritarias, una política de izquierdas, es decir, más o menos «socialdemócrata», debe lograr convencer a un pueblo de votantes diverso y heterogéneo que, una vez en el Gobierno, será capaz de comprender sus ansiedades, necesidades, derechos, frustraciones y temores.

Todo esto me viene inspirado por la lectura de una interesante y utilísima entrevista de Barbara Bertoncin a Michael Walzer publicada en el último número de la revista *Una Città*. El quid del discurso de Walzer, editor durante treinta años de la revista *Dissent* y profesor emérito de Teoría Política en Princeton, es que la izquierda, al haberse concentrado en la defensa de los derechos civiles, especialmente en los de las minorías, ha descuidado a la clase obrera y a la masa de trabajadores dependientes en graves dificultades económicas y sociales: «La izquierda debe dedicarse de nuevo a las cuestiones de clase. No podemos renunciar a la batalla por la igualdad racial y de género porque aún no la hemos ganado [...]. Pero debemos afrontar las cuestiones de clase y reconocer la dificultad que tenemos para hacerlo».

Lo que dice Walzer es muy útil en especial por su sentido común y por la atención que presta a muchos aspectos de los problemas sociales. Las categorías que utiliza tienen poco de teórico, se trata siempre de derechos y deberes; no obstante, se necesita cierta sensibilidad e imaginación para

comprender, por ejemplo, qué derechos creen tener los ciudadanos y qué esperan del Estado y de los Gobiernos. Es necesario que la izquierda estadounidense, y la de todo el mundo, reflexione, dice Walzer, «sobre el gran éxito recabado por los demócratas entre los profesionales y la gente que ha recibido buena educación, y el creciente éxito de los republicanos entre la gente con menos formación, blanca y de clase trabajadora [...]. En la izquierda la gran mayoría somos laicos, ellos en su mayoría son religiosos. Nosotros somos cosmopolitas, ellos en su mayoría son patriotas. Nosotros enviamos a nuestros hijos a la universidad, ellos envían a sus hijos al ejército y a la policía».

El tema del cosmopolitismo, que Walzer distingue del internacionalismo, nos introduce en el problema, hoy en día mundial, de las grandes migraciones y la acogida. Aquí Walzer es de un realismo y de un empirismo analítico muy raro por nuestros lares: «Existe un cosmopolitismo de libre mercado, de libre comercio y de fronteras abiertas; este es un cosmopolitismo de derechas. El internacionalismo, en mi opinión, siempre ha sido algo diferente. El internacionalismo implica la existencia de naciones y promueve una política de cooperación y solidaridad que va más allá de las fronteras nacionales, que sin embargo existen y con ellas hay Estados. La izquierda siempre ha sido estatista [...], el Estado es el medio para poder llevar a cabo una política socialdemócrata y hasta la fecha es el único agente del que disponemos para obtener la redistribución económica, el bienestar social, la educación universal y sobre todo la seguridad física de la población [...], todos aquellos que necesitan un Estado deben tenerlo. Pienso en tibetanos,

kurdos, palestinos o en los africanos que viven en Estados colapsados o fallidos».

En cuanto a la acogida de migrantes, tarde o temprano habrá que reconocer «el derecho a fijar límites». Límite quiere decir prioridad. ¿Qué categorías de migrantes deberían tener prioridad? Según Walzer, en primer lugar están, para cada país, los «parientes» étnicos e ideológicos. La casuística es variada. Finlandia, después de 1989, acogió a veinte mil finlandeses rusos que huían de Rusia. En los años veinte del siglo pasado, Grecia acogió ante todo a los griegos de Anatolia. «En Estados Unidos la mayoría de los inmigrantes regularizados en los últimos tiempos son padres, hermanos, hijos de ciudadanos estadounidenses». Luego vienen los solicitantes de asilo «que si se quedan donde están se exponen a la cárcel, la tortura o la muerte». Pero las decisiones tienen que ser tomadas de forma prudente y caso por caso. Por último, los refugiados como consecuencia de las hambrunas y los desastres naturales. Pero cuando se trata de millones de migrantes, la posibilidad de acogerlos a todos no existe. Con la ayuda de un tratado del estilo del Plan Marshall, hay que ayudar a las economías locales a retener a sus ciudadanos evitando y desalentando su emigración.

Walzer insiste en el hecho de que se trata de tentativas y de compromisos. E insiste en que en los países a los que se dirigen los migrantes «las personas tienen derecho a sentirse como en casa en su propio país [...], la izquierda debe reconocer este derecho por razones tanto morales como políticas». Si la masa migratoria tiende a cambiar rápidamente y más allá de ciertos límites las

características de una sociedad, las reacciones negativas nunca tardan en llegar».

No existen recetas que resuelvan este problema. Los que emigran tienen tanto derechos como deberes. Los que acogen tienen tanto deberes como derechos. Para poder manejar esta compleja serie de hechos en constante evolución, se necesita una maquinaria estatal que funcione. Precisamente lo que por desgracia falta en Italia.

12 de febrero de 2020